
La profecía vulgar

Carlos Ossa *

“No se trata que la ficción haya suplantado lo real; es decir que toda suerte de acontecimientos, incluidos los políticos, se representen en pantallas y páginas utilizando recursos provenientes de géneros asociados a lo inventado, a lo imaginario. Toda ficción, por último –y máxime cuando los receptores competentes en una cierta cultura, en unos ciertos códigos, pueden descifrarla– nombra la realidad, la recrea y hasta puede transformarla”.

María Cristina Mata

La historia de las transiciones latinoamericanas se parece a los espejos de Borges: nadie quiere ser la imagen que reflejan. Quizá por eso una distancia histórica se registra entre la oferta de sociedad participativa y la vida cotidiana subsumida en las obligaciones disciplinarias de la globalización. La carencia de textura política, la mediatización del deseo y la furia publicitaria de los símbolos rutinizan la llamada “governabilidad”, que las ciencias sociales legitimaron –teóricamente– para hablar del paso jurídico-económico de lo autoritario a lo democrático. La etapa actual renuncia a persistir en lo transicional, ya que desde el punto de vista político se habrían cumplido las metas de reposición parlamentaria, justicia liberal y retiro de la fuerza al desfile, el onomástico patrio y la defensa.

Resuelto el tema del pasado de esta forma, los problemas actuales de la sociedad se vincularían con los nuevos paradigmas del desarrollo tecnológico, la pacificación social, las alianzas regionales y la creatividad mercantil. La mundialidad y sus ecos reconfiguran ilusiones y colectivos desplazando los aspectos más teatrales del campo político a una versión televisual donde todo es dispuesto en la terapia informativa del control obtenido y del éxito pendiente. La pérdida de una narrativa de lo cotidiano, por otra parte, pareciera explicarse por el imperio de un anonimato –que no sólo es repliegue e indiferencia– sostenido por la caducidad de la opinión, la extensión de las corporaciones y la corrupción discursiva de privados y públicos. La globalización: “*en nombre del imperativo categórico geotécnico-financiero, conmina a la sociedad a que acepte los desarreglos del es -*

* Profesor de Teoría de la Comunicación de la Universidad de Chile y de Antropología Cultural de la Universidad Arcis.

tado de derecho como si se tratara de algo inexorable. Se presentan a los ciudadanos como hechos consumados unos decretos que les desposeen de su voz y que, por ello, hacen retroceder el umbral de la tolerancia democrática” (Mattelart, 1998: 22-123).

La velocidad financiera y su imaginario telecomunicacional prometen una escena “postcrítica” y “postsocial” (Avelar, 2000) que libera de épicas y compromisos militantes, rearticulando los espacios públicos con ofertas fragmentarias de orden y seguridad, muchas de las cuales son realizadas en los formatos comunicacionales. En este punto nos interesa mostrar que la transición chilena es un proceso de “modernización” destinado a reubicar el papel del capital en la vida cotidiana: convertirlo en su lenguaje y en su dispositivo de realismo, diagramación y sentido. Uno de los lugares que contribuye a este propósito es la televisión, cuya ecografía de la sociedad chilena entrega las interpretaciones y genealogías de este período.

Ante la descripción crítica que trata el tema de la globalización y sus consecuencias como el vértigo de los campos informáticos, la impunidad de los simulacros o la espectacularización de la política, quisiéramos oponer una figura distinta, que pesquise la mutación de relaciones sociales y culturales en Chile, como la “transición” de la disciplina hacia el control. Ahí, justamente, la televisión asume una característica relevante: reinstitucionaliza la vida cotidiana para hacer coincidir la administración de la política con la promesa de acceso sin igualdad social, sobre todo cuando el escepticismo individualizado le exige convertirse en logro y no proyecto para mantener su legitimidad y acuerdo¹. Aunque resulte paradójico, la vigilancia no es la producción de un cuerpo dócil (Foucault, 1997) que la dictadura logra poner en lo doméstico, sino la irrupción de un consumidor desmasificado que aguarda recibir los frutos de los cambios operados por el neoliberalismo criollo. La resultante es: *“en Chile que el proceso de modernización fomenta no sólo una fragmentación estructural de la sociedad: también genera un nuevo tipo de sociabilidad. Las antiguas solidaridades son desplazadas por un ‘individualismo negativo’. En resumidas cuentas la vida social se encuentra determinada por la vida privada, la cual establece el horizonte de sentido. Una expresión de ello es la notable estetización de las relaciones sociales en Chile. En la medida en que se impone una cultura de la imagen concediendo lugar prioritario a la mirada, nuevos y continuamente cambiantes signos de distinción social se sobreponen a los clivajes de clase tradicionales”* (Lechner, 1998: 238).

Las estrategias y las imágenes que componen el paisaje de la democracia chilena han remodelado la heterogeneidad social tratando de introducir su pluralidad en el acto central del consenso, la distinción, el lujo y el ciudadano-elector. Dentro de este marco se confecciona el doble proceso del aumento de los sitios telemáticos y la diferenciación de los grupos con la aparición de intermediarios comunicacionales que resuelven los problemas de una ciudadanía vaciada de confianza institucional. La búsqueda de una psicología de la conjuración de los peli-

gros, la eliminación del conflicto de las interpretaciones o la horizontalidad de los códigos son eventos redundantes de la actividad informativa. Sin embargo, en todo esto no hay conspiración mediática arruinando la jefatura del poder y sus ciclos; hay un deseo de sociedad, incluso atávico, que muestra el caso personal con su desgracia o fortuna, en forma de un graffiti del yo. Nos hemos acostumbrado a vivir lo diario como espectáculo autorreferencial, ruina argumentativa y abandono solidario, y nos cuenta percibir que la televisión, por ejemplo, no sólo intenta normalizar los desvíos esquizofrénicos de la modernización, ansiosa de maquillar su pillaje con el sueño de las identidades dialógicas: también manufactura percepciones, sensibilidades y esferas de reconocimiento.

Las comunicaciones permiten que la modernización sea hoy la política y, por ello, su interés no está centrado en exponer los desacuerdos de la sociedad. Al contrario, busca nivelar las aspiraciones dando a las personas aquello que les quita su lugar: el consumo. La vigilancia está puesta en la lengua social, y la televisión está destinada a presenciarla como un movimiento aurático, que libera energías a condición de no excederse ni recurrir a luchas polares. Sin necesidad de justificar sus pliegues y técnicas moderadoras, la transición se convierte en la voz legal de la modernización económica; desaparece en ella, congelando en el habla un solo fin: el futuro. La tautología requiere, entonces, la multiplicidad de los dialectos mediáticos para contemporaneizar y eludir pasados. La televisión debe elaborar una historia que hace imposible toda historia, pues se trata de disolverla en los testimonios y, a la vez, resistir su variedad y drama con una verdad fáctica unificante acordada por los príncipes y mercaderes nacionales. Asistimos a una temporalidad globalizadora que decora nuestras fracturas con los íconos de un progreso esperanzador y un porvenir tecnológico. De esta suerte se hace rápido confundir la autonomía del sujeto con la vida privada, y el consumo con la democracia, la igualdad y la participación. De aquí emerge un relato hedonista que hace de lo público un estorbo ante el despliegue de la voluntad gerencial y sus demandas de gasto sin fiscalización. Las comunicaciones elaboran una coartada de legibilidad, limitando la controversia a un problema de intereses y fines globales para seguir hospedando en el imaginario un lenguaje del mundo que nos libera de la catástrofe del pasado (Unidad Popular o Dictadura) y nos pone frente a la globalización, en competencia y en disputa económica. De modo simultáneo nos informa de una nueva saga de individualidades, producidas en el vientre de este contexto, que reciclan gustos, modas, comidas o comportamientos provenientes de referentes culturales diversos y materializan las ansiedades de los “chilenos modernos”, destacadas por un discurso periódico que se concentra en las noticias del nacionalismo deportivo, las morales sexuales, el ímpetu empresarial, los estilos de vida o las mascotas domésticas.

La modernización ha permitido un tipo de cultura mediática que ya no responde a funciones territoriales, menos a políticas de fronteras; a cambio mezcla y refunde en la aceleración de los signos los tiempos de lo económico, lo social y lo cotidiano, como si hubiera una comarca diversa y propia donde suturar la dis-

persión y organizar por adelantado los trabajos, las fiestas y los acontecimientos, amontonando residuos y pedazos de códigos periodísticos, radiales, publicitarios o televisivos que nombran y posibilitan el ver. Esta cultura mediática es la que da a la política la licencia para ejercer una vigilancia vacía y carente de presión, pues intenta producir sentidos que le ayuden a saber dónde está la gente y a reducir temblores de malestar o confusión: *“la emisión televisiva ha establecido una relación asimétrica con el público: por una parte, las instituciones televisivas investigan a la audiencia para descubrir sus gustos y sus preferencias; por otra, tanto los medios públicos como los privados de la organización televisiva retroalimentan un sentimiento de identidad global, nacional y regional mediante el drama y el entretenimiento, y la información política indispensable para el funcionamiento de la democracia”* (Stevenson, 1998: 313).

La modernización multiplica las prácticas del deseo y las escrituras de la obediencia, haciendo visibles las huellas de una realidad compleja donde los contratos de verosimilitud muestran un país satisfecho de sí mismo: administrado por la información y su porvenir de días conocidos, resolviendo las insatisfacciones con la autoridad del saber experto y focal que pone de final ineluctable a la globalización como índice de crecimiento. La política y su magisterio de precauciones hacen de lo mediático la zona de enunciación propicia para hablar de estos destinos. Se evita la relación y se consagra la interactividad: la opinión telefónica o la encuesta radial, por ejemplo, fomentan una oralidad ciega que juega con cifras en un azar de porcentajes presentados como tendencias, inclinaciones, rechazos y ánimos ciudadanos. Registro estadístico que celebra nuestra lejanía con el desastre.

La condición accesoria

En función de lo señalado parece que arribamos a uno de los aspectos más frecuentes de la discusión: la mediatización de la política. Según Eliseo Verón, ésta sería el predominio de la gestión de colectivos de corto plazo, es decir, la edad contractual en que los imaginarios cotidianos se rigen más por el consumo que por el juego de las reglas sociales. Esto explicaría la deflación democrática y la nueva centralidad de la televisión como actor civilizador. La tesis habitual es: tratando de lograr la conquista de los medios, la política ha perdido su propia esfera. En el campo de las formas comunicativas de la modernización chilena es posible establecer una distancia y alcanzar una coincidencia: lo público se ha mercantilizado, pero la política se ha resignificado en lo medial.

La política –con arreglo a la idea de que muere en los medios– ha perdido su centro y se somete a la mirada “autista” del telespectador. Se deja caer e interrumpir, provocando una serie de cruces con la televisión que la restarían de su labor argumentativa, constructora y articulante. Al no estar referida a su propia esfera y escenificarse desde cualquier paraje² (el matinal, el programa de conversación, el show

de concursos, la entrevista humana, etc.) parece entregar a la televisión su cetro y se deja seducir por la simultaneidad, la falta de compromiso, la velocidad y la cita epistémica. De esta manera una trama estallada transita a la televisión y la faculta para presentar en sus léxicos visuales los sucesos de la transición leídos como vida cotidiana. El relato periodístico se aboca a lo confesional haciendo ubicua la existencia de la víctima; el reportaje científico consuela con la explicación especializada que libera del monstruo o lo anormal; el estelar nocturno compensa, con la biografía y la conversación informal, la falta de información ampliada sobre las decisiones del poder y las oscuridades de las influencias; la programación imita el tiempo de la vida y lo codifica; la transmisión en directo denuncia la infracción, organiza a los testigos y juzga. La información se antropologiza en búsqueda de una etnografía blanda, de barrio y caída capaz de sostener “una tragedia personal” (Silverstone, 1994) unos cuantos minutos, y sin embargo, esto no reduce sólo a talk-show la función informativa: también describe un habla que ha desestabilizado los discursos normativos con una crónica pasajera y mítica, descriptiva y cultural, mixta y creativa.

Las transformaciones ocurridas en Chile, sobre todo en el plano de las sociabilidades perceptivas (Brunner y Catalán, 1995; Hopenhyan, 1994; Sunkel, 1999; Richard, 1998), indican que la vida cotidiana ha dejado de ser el emblema oscuro de la rutina social para transformarse en una zona de disputa del neoliberalismo. Este diluye estratos y fijaciones resignificando lo íntimo con lo mercantil, lo extraño con lo tecnológico, lo familiar con lo internacional, en un choque de culturas que proveen de nuevos circuitos, símbolos y deseos. Asimismo se intenta disciplinar al otro y hacer de su diferencia un campo de negociaciones cuyo guión desmiente lo que afirma: anhelo de orden con participación negada, regalo de ingreso sin igualdad ciudadana, exacerbación de la memoria y su reducción a monumentos, junto con la usurpación de códigos por parte de identidades ilegibles y juegos de imágenes que gatillan nuevas sensibilidades culturales cuya explosión impide leer en un solo sentido: *“el estallido ha producido también unas mezclas muy interesantes entre lo global, lo nacional y lo local. Si hay un lugar social donde se confirma la circulación mundializada de la cultura (Renato Ortiz) pero a la vez el crecimiento de las afirmaciones es la televisión. En ella se combinan los textos creados por la industria transnacional –especialmente estadounidense– con los melodramas nacionales y las transmisiones locales en unos efectos de hibridación en que confluyen diferentes tipos de relatos, se conectan deseos, aspiraciones e intereses muy diferentes, circulan conocimientos que antes eran inaccesibles y se producen procesos de socialización más abiertos que hace unos años”* (Martín-Barbero y Rey, 1999: 54-55).

Aquí la televisión se mueve en una doble frontera: institucionaliza lo público para detener su exceso, e individualiza la experiencia para teatralizar lo privado. Sin embargo, y éste es el problema que nos interesa destacar, esto no sería el resultado de la televisión: más bien, es el producto de una modernización que evita el ejercicio de la política a través del desmantelamiento de su especificidad, pa-

ra mantener su existencia como técnica conciliadora y distribución restringida del poder ante públicos más ansiosos de consumo que de democracia.

La transición temerosa de la irrupción de voces descalzadoras de su pacto, críticas al saqueo de la ilusión acordado entre los poderes corporativos, ha insistido en regular lo televisivo de un modo paradójico: lo ofrece a lo publicitario, a sabiendas de que en ese nicho se puede expresar una diversidad tímida, fluida y vigilante que no intimida ni desordena y a su vez justifica la “expresión democrática”. El secreto de la política se pone a salvo (ser la modernización), gracias a la transparencia comunicativa donde todo queda sujeto a la irrelevancia del acto, la secularización del gesto y la isotopía estética. El consenso entre poderes logra excluir lo público a través de la conversión metafórica de parte de la política en cotidianeidad inmóvil y necesaria, pero también logra la subordinación de las identidades esquivas a la demanda de privacidad y tecnología, con lo cual se anuncia la llegada de lo diverso como respuesta al desgaste ilustrado de la representación. El secreto de la política queda cautelado porque la transición nos ha convencido del fin del discurso y el inicio de la escenografía, exhibiendo el vértigo de un rostro que no termina nunca de formarse. La fascinación por el gesto y la apatía por el contenido hablan de un nuevo derecho comunicacional: el placer por expresarse narcisistamente (Santa Cruz, 1997: 29).

Apartir de esta perspectiva la televisión abandona el lugar del estigma para convertirse en el texto político de la modernización. Lo sustancial es cómo ordena en una estructura hegemónico-fragmentaria lo informativo y lo narrativo, los mezcla y restituye a velocidades desiguales que condenan toda diferencia a ser pulsión y –a la vez– ser reconocimiento, testigo sin habla y confesión compartida. El discurso televisivo conseguiría que todos miráramos juntos –indefinidamente– a la modernización desplegándose sobre sí misma en una turba de anuncios, sensaciones, símbolos y mercancías que hacen posible el acceso sin necesidad de pasar por la igualdad social, o al menos por su promesa de oportunidades democráticas. En el fondo la televisión, hoy día, entrega una dimensión más plástica y pulsional de los procesos y, por lo mismo, hablamos también de una política de iguales características.

La televisión chilena siguiendo caminos globales ya no es nacional y –aún así– se consagra como un relato de lo cotidiano. En su interior desatado remodeliza (diariamente) la legitimidad de las imágenes y los vínculos sociales (Wolton, 1992: 103): ingresa, excluye y administra las hablas, de tal forma que tematiza los bordes y los centros. Logra castigar al otro sin libreto y además construir un “pluralismo jerarquizado” que une lo individual y lo mediático. La televisión circula en y por lo público como la constatación imaginaria de la edad de lo postpolítico, el triunfo del *advertising* sobre lo ideológico, la elaboración de una escena y su drama sin requerir nombres, sólo episodios breves. Los reportajes televisivos, por ejemplo, privilegian la narración de lo individual liberado de heroísmos sociales: la supervivencia como gesta de la voluntad personal; la naturaleza

humana con sus virtudes y fraudes; la deformación física como accidente y compasión; la violencia, las drogas o la prostitución como desamparo y carencia afectiva, etc., ciudadanizan lo excluido y simultáneamente permiten a la política desplazarse del territorio de las respuestas, pues los casos no son obligación: son historias y perfiles que buscan ser escuchados, oídos por nuevos intermediarios que dan soluciones en pantalla³. La culpa puede ser convertida en diversión.

Lo interesante de la transición no es que privatice la agenda informativa o empequeñezca la resistencia simbólica conduciendo la energía social hacia el consumo, capítulos todos de la transformación estructural de las comunicaciones en el país; lo llamativo es la operación por la cual todo ocurre como una “anomalía sin consecuencias”, un devenir procedimental atrapado en los márgenes de aquello que celebra: la modernización. Lo más significativo de este desplazamiento es que la política transicional diluye el espesor histórico del accionar del poder, lo amnistía de su deterioro y lo instala en un privilegio comunicacional donde finge vivir para los medios y, a veces, ser su víctima.

Las relaciones entre el sistema comunicacional, la política y el espacio público (o sus restos) circulan por múltiples sitios y por ninguno, auspician los requerimientos de libertad de expresión y la restringen a las cómodas biografías de los gabinetes empresariales y su imagen moderna de Chile. Las prácticas periodísticas se hacen predecibles en su inercia al mezclar y homologar moral con interés, riqueza con bienestar, deporte con ejemplo, anécdota con publicidad o economía con cifras. La actuación mediática negocia los límites de la conveniencia informativa y cuando necesita alterar la dirección de los convenios y reubicar a la política en un nuevo escenario libera en lo público un impacto, una provocación escandalosa, que reconforta al modelo de la independencia y la objetividad. En ese instante es posible que parte del secreto de la política sea violado, una extensión sacrificada y una “verdad” esterilizada en la masificación de su contenido. Hay una extensa antología de casos locales de esta naturaleza que muestran un hecho estable: todo lo institucional es protegido de su desacato y extravió por la ley de clausura, privatizado su delito por “razones de orden público”, y a cambio lo narrativo, emocional y accidentado se instalan como advertencias, órdenes, enunciaciones y sentidos. En todo caso sería un error pensar que estamos en presencia sólo del kitsch sensacionalista de la televisión y la prensa chilena, ya *“que en la repetición diaria y en los reconocibles rasgos de este tipo de programación, la relación del telespectador con las noticias, y el amplio mundo que éstas representan, puede ser algo mucho más ritual, simbólico y posiblemente mítico que informativo”* (Langer, 2000: 17).

La televisión provee de la neutralidad valórica a los saberes modernizadores para recrear lo inédito del tiempo global, celebrar sus flujos y sus hazañas de inversión como datos de progreso y armonía. Las fracturas y los desórdenes del capital se ocultan detrás de las violencias menores de la ciudad, de los tráfico y las congestiones, de los abandonos y las plenitudes que hablan de la transición y sus

innumerables acontecimientos, todos modulados por la idea de tener un país funcionando y no un pasado inmovilizador, el cual debe ser negado o consumido por la unidad del presente. Unidad que se construye en el relato televisivo por medio de una urdimbre ficticia e implosiva destinada a generar una economía escrituraria colonizadora de los pequeños refugios de la vida, recuperando los espacios de fugas y amplificando las murmuraciones para cumplir con el plan de la información de terminar con los sitios sagrados y los enigmas. La economía escrituraria es el expediente por el cual la modernización chilena convierte a la sociedad en el texto del neoliberalismo. De este modo la política y la comunicación se disuelven en la retórica del trayecto global, sin abandonar los escombros de la nación para sostener la potestad frágil de la identidad y la palabra ante el volumen obsolescente de las cosas que viajan en las mareas internacionales. Pero el mérito modernizador sólo es posible en la simulación del futuro, es decir, en la invención de un más allá previsto y regulado por lo actual, en la noción de un mercado predictivo que niega la memoria y afirma la moral, apelando a un hombre sin sombra ansioso de vivir el “enseguida”. La comunicación traduce las reiteraciones, las marcas, y *“la sociedad es concebida como un estadio o estado definitivo, privado de historicidad, proveniente de una especie de ‘pacto atávico’. La historicidad representaría la amenaza del retorno al comienzo caótico, superado por el ‘pacto consensual’. Esta idea hegemónica de historicidad es abiertamente paradójica. Concibe el Chile actual modernizado como una sociedad globalizada, por tanto en proceso de cambios constantes, adaptativos respecto al movimiento perpetuo de los mercados múltiples. La constante superación de las tecnologías, la destrucción de los parroquialismos, la erosión de los estrechos límites de los Estados-nacionales, la expansión obligada de la mirada desde nuestro ombligo hacia el mundo globalizado, implica un constante dinamismo (...). Se trataría, entonces, de una sociedad móvil pero sin historicidad”* (Moulian, 1997: 46).

La política se blanquea de historia en la consumación de la actualidad, allí se concentra y se queda. Por ello el sistema comunicacional inscribe en el cuerpo el trabajo de la globalización, sus insignias tecnológicas, sus celebraciones de unidad y sus visibilidades de mundo conseguibles por la firma crediticia. La producción noticiosa, entonces, acepta ese cruce de animación japonesa (convertida en estudio fetiche de violencia infantil) con la publicidad transnacionalizada de ferias del consumo vistas como citas de negocios, reportajes científicos promoviendo los milagros de los monopolios farmacéuticos o especiales de prensa que rescriben la historia del país de acuerdo a las editoriales de los auspiciadores: bancos, gaseosas o catálogos de multitienda.

La actualidad detiene a la política en el suceso modernizador y el discurso comunicacional mezcla lo global y lo nacional sin interrupciones, anunciando un territorio lleno de miradas adversativas: numerosos presentes poniendo en escena un solo discurso, el discurso neoliberal que mimetizado con la información y la entretención se vuelve una “especie de máquina lógica”, la cual –tal como lo

advierte Pierre Bourdieu— destruye de forma sistemática a los colectivos y sus oposiciones. La transición salva a la política destruyendo lo público, es decir, disolviendo todo en la racionalidad modernizadora de lo actual sin testamento. Ello es producto de un conjunto de certezas comunicativas que producen el sentido común de lo nacional y enmarcan a la democracia en una profecía vulgar que triunfa porque repite su propia imagen y no puede salirse de sus reglas, ya que no le son impuestas a los sujetos: lo son a los procesos.

La paradoja mayor de la transición democrática es que su espacio conversacional es taurino, y aquello que no puede contener lo expulsa, pero vuelve en forma de polarización (cuando la política pierde la silueta de su discurso) o bien en forma de globalización (cuando las diferencias son reorganizadas en la exhibición comunicacional). En ambos casos, siempre se detiene en su autorreferencialidad, y el plano periodístico —al igual que otros planos discursivos vinculados con el poder— hace una síntesis que sólo logra dar cuenta de una época ensimismada con su decir: imágenes patrimoniales y figuras esquematizadas.

Hay, por lo tanto, un acuerdo tácito, según Mabel Piccini, “*que atraviesa los diversos saberes que se multiplican en torno a las nuevas tecnologías comunicativas. El acuerdo aparece y reaparece, como regido por una compulsiva necesidad de repetición, en los proyectos burocráticos oficiales y en los de las empresas transnacionales o nacionales dedicadas a la gestión, administración y acumulación de las mercancías simbólicas; en los discursos que se despliegan en los espacios académicos y en las instituciones encargadas de regular las prácticas profesionales del área, así como en revistas especializadas, la prensa o el lenguaje corriente de los individuos de la sociedad*” (Piccini, 1987: 18). Y como la modernización no espera tener un recuerdo de sí misma, necesita un pacto que deje testimonio de su obra y resista cualquier densidad, confesión o misterio no autorizado por lo informativo. La modernización acelera sus dispositivos para alejarse de cualquier imagen que la fije a un destino. Se desnuda y entrega sus secretos a cambio de un olvido rápido y un futuro inacabable y le pide a la política cotidianizar al capital como relaciones sociales; así es posible identificar esos calendarios televisivos llenos de pie de páginas dedicados a las miniaturas del sentido que postergan —incansablemente— la pregunta sobre la sociedad. La política se transforma en una máquina célibe (tal como lo imaginó Freud), productora de sueños difundidos por imágenes huérfanas y en una lengua universal “sin tierra” (casi el augurio maldito de la globalización), donde no hay ni ostracismo ni diáspora. En su interior la muerte es una escritura, los cuerpos desaparecen, las cosas se deshacen, los sentimientos se imaginan y las palabras se pierden. Parte importante de esta alegoría ha dejado de ser sueño para convertirse en convivencia. Ese es el acuerdo por el cual la política chilena se ha convertido en modernización económica.

Sin ánimo de ofrecer cierres interpretativos, podemos indicar que las comunicaciones han sido recuperadas por las tecnocracias para difundir la funcionali-

zación de lo social. El neoliberalismo comunicacional en Chile escolta un pensamiento estadístico que disfraza su escasez de cohesión y subjetividad irredenta con la exaltación de una publicidad dirigida a politizar el “yo” con la obsesión por la ganancia. La política encuentra en la televisión la capacidad de unificar semánticamente las axiologías del capital con las vigilancias jurídicas a fin de controlar las asonadas de la memoria, de advertir sus desbordes que debilitan las poéticas normalizadoras del consumo y la ley. De esta suerte, la televisión no persigue ser una ventana sino cumplir la obcecación revolucionaria del pensamiento conservador: nacionalizar la globalización y mundializar Chile.

Bibliografía

- Avelar, Idelber 2000 *Alegorías de la Derrota. La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo* (Santiago: Editorial Cuarto Propio).
- Bourdieu, Pierre 1997 (1996) *Sobre la televisión* (Barcelona: Editorial Anagrama).
- Brunner, José Joaquín y Catalán, Carlos 1995 *Televisión. Libertad, mercado y moral* (Santiago: Editorial Los Andes).
- Joignant, Alfredo 2000 “Metamorfosis de la izquierda chilena (la republicanicización de las causas políticas)”, en *Revista Crítica Cultural* (Santiago) N° 20.
- Foucault, Michel 1997 (1976) *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la Prisión* (Madrid: Siglo Veintiuno Editores).
- Hopenhayn, Martín 1994 *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la Modernidad en América Latina* (Santiago: Fondo de Cultura Económica).
- Langer, John 2000 (1998) *La televisión sensacionalista. El periodismo popular y las “otras noticias”* (Buenos Aires: Ediciones Paidós Ibérica).
- Lechner, Norbert 1998 “Modernización y democratización: un dilema del desarrollo chileno”, en *Revista Estudios Públicos* (Santiago) N° 70.
- Martín-Barbero, Jesús y Germán Rey 1999 *Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva* (Barcelona: Editorial Gedisa).
- Mattelart, Armand 1998 (1996) *La mundialización de la comunicación* (Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica).
- Moulian, Tomás 1997 *Chile Actual: Anatomía de un Mito* (Santiago: Ediciones Lom-Arcis).
- Piccini, Mabel 1987 *La imagen del tejedor. Lenguajes y políticas de la comunicación* (México: Ediciones Gustavo Gili).
- Richard, Nelly 1998 *Residuos y Metáforas* (Santiago: Editorial Cuarto Propio).
- Salazar, Mauro y Miguel Valderrama (comp.) 2000 *Dialectos en Transición. Política y subjetividad en el Chile actual* (Santiago: Ediciones Lom-Arcis).
- Santa Cruz, Eduardo 1997 “Comunicación, consumo cultural y cultura cotidiana: el caso de la información televisiva”, en *Documento de Trabajo del Centro de Investigaciones Sociales* (Santiago: Universidad Arcis) N° 25.
- Sartori, Giovanni 1998 (1997) *Homo Videns. La sociedad teledirigida* (Madrid: Editorial Taurus).
- Silverstone, Roger 1994 *Televisión y vida cotidiana* (Buenos Aires: Amorrortu Editores).
-

Stevenson, Nick 1998 (1995) *Culturas Mediáticas. Teoría social y comunicación masiva*. (Buenos Aires: Amorrortu Editores).

Sunkel, Guillermo 1999 *El consumo cultural en América Latina* (Bogotá: Ediciones del Convenio Andrés Bello).

Wolton, Dominique 1992 (1990) *Elogio del gran público. Una teoría crítica de la televisión* (Barcelona: Editorial Gedisa).

Notas

1 No postulamos el fin de la política sino el cambio de sus contenidos, que antes eran dados por ideologías globales, y que ahora deben interpelar a los imaginarios subjetivos con temas cotidianos para obtener su atención. El Estado y sus funciones de control, por ejemplo, son menos importantes que la salud, la realización personal, la seguridad o la diversión.

2 Tal como lo han señalado Jesús Martín-Barbero y Germán Rey (1999), dejar la desgracia de la política reducida al sicariato televisivo es una exageración. Es creer que la política no sigue haciendo sus labores porque está preocupada por un glamour creciente y espectacular. Un texto tan injusto con la imagen como el *Homo Videns* (1998) de G. Sartori ejemplifica ese “mal de ojo intelectual” que busca la explicación de la crisis fuera del campo político, para mantener la inmaculez de un prurito ilustrado asociado al liberalismo clásico, que supone a la imagen como pura superficie cansina de éxtasis casual.

3 Continuando la línea de la televisión internacional, en el país se hacen programas de ayuda directa con héroes catódicos de gran convocatoria. Asumen la obligación de impugnar a los servicios públicos y sus funcionarios por negligencias o abusos (ministros, alcaldes, etc.) o de pedir soluciones a privados ante emergencias individuales. De esta manera se convierten en un actor socio-cultural sensible a los costos del proceso modernizador al recepcionar y oír a aquellos que temen quedar fuera o son marginados de diversa manera.